



# El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9027

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia dirigirá al Administrador.

CONDICIONES.—El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 6t, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.

## Anisado de Naranja y Aguardiente Catalán «Flor de anís»

MARCA «FARELL»

Altamente recomendables para la bebida por sus virtudes digestivas y sabor agradable.

De venta en las principales botillerías, cafés, colmados y confiterías, y en la misma fábrica, Carmen 54, Barcelona.

Representante exclusivo para las provincias de Albacete y Murcia, D. Fernando Giménez de Berenguer, Lizana 8, pral., Cartagena.

SABADO 28 DE NOVIEMBRE DE 1891.

### Mme. Leonie Broutin.

MODISTA DE SOMBREROS

SOLO POR OCHO DIAS

Calle de Jara, núm. 9, principal.

Vichy catalán.—Véase el anuncio en la cuarta plana.

### ECOS DE MADRID

27 Noviembre 1891.

Una ingeniosa y utilísima y hasta patriótica humorada de Mariano Cavia ha producido ayer en Madrid una verdadera conmoción. Los que abrieron «El Liberal», hallaron en la segunda página con gruesos caracteres la noticia de un inmenso desastre nacional. El Museo de Pinturas, lo que más nos envidia Europa, lo que es aun eje cutoria de nuestras antiguas y bien ganadas grandezas, había ardiendo por sus cuatro costados. Todavía podían verse las llamas consumiendo aquellos tesoros de arte, de genio de inspiración.

Es imposible describir el efecto que causó la noticia. Los epígrafes que para adornar el artículo con los perfiles del noticierismo ó *reportage* moderno, puso diestramente el donoso escritor á manera de miras ó *fojones*, se irguieron á la vista de los lectores emocionados, y los que cogieron «El Liberal», sin detenerse, profundamente emocionados, corrieron á participar la horrible nueva á los que vivían á su lado y todavía permanecían entregados al sabroso sueño de las mañanitas de Noviembre.

Las esposas á los esposos y viceversa, los hijos á los padres, los huéspedes á sus compañeros de *principios*, las patronas á sus huéspedes, las criadas madrugadoras á sus amos dormilones, todos en su mayoría sin leer la descripción del desastre se la anunciaron con las mayores muestras de sorpresa, de pena, de consternación.

- Una inmensa desgracia!
- ¿Cuál! ¡Dios mío! explícate que me asusto.
- Está ardiendo.
- Nuestra casa?
- No... no. El Museo de Pinturas!
- ¿Qué dices?
- Lo que oyes.
- Pero cómo lo has sabido?
- «El Liberal» lo cuenta con todos sus detalles.

- ¿Qué horror!
- No se ha salvado un solo cuadro!

Y al oír esto una profunda pena se apoderaba, no solo de las personas cultas, sino hasta de los modos de cuerda y de los barrenderos y hasta de los agentes de orden público, que en calles y plazuelas oían y comentaban la noticia del siniestro.

Los que se desayunaban perdían de pronto el apetito! Todo se volvían lamentaciones y censuras. ¡Qué abandono! ¡Qué desidia! ¡Qué gobierno! Una riqueza, el más precioso timbre de gloria, destruido por la imprevisión! ¿A quién se le ocurre permitir que vivan numerosas familias en los desvanes del Museo? ¿Y luego... ¡Claro! lo que sucede siempre... deficiencias en el servicio de incendios.

Pocos fueron los que de primera intención leyeron hasta el fin el intencionado é ingenioso artículo de Cavia. Los artistas se echaron á la calle ó se arrojaron desesperados en una butaca llorando ó poco menos. La carrera de San Gerónimo se llenaba de gente que corría presurosa á contemplar las ruinas.

La conmoción fue inmensa y llegó con rapidez vertiginosa á todos los extremos de la capital y hasta á los pueblos más próximos, de los que acudieron muchas personas con la tristeza en el semblante á ver las ruinas de una de nuestras más puras grandezas.

Cuando los que menos ligeros leyeron la descripción completa, y comprendieron el alcance del artículo, tranquilizaron á los alarmados; cuando los que bajaron al Prado vieron con alegría que el Museo estaba intacto, se dividieron las opiniones y la inmensa mayoría celebró la ocurrencia del ilustrado redactor de «El Liberal», en tanto que los que más se habían apenado y los que estaban en condiciones de sufrir las consecuencias de la alarma, se desataron en denuestos contra el autor de la invención.

- ¡Vaya una gracia!
- La broma ha sido de las más pesadas!
- No le perdonaré el susto que me ha dado!
- Debían prenderle, formarle causa y echarle á presidio!
- Ahora echarán á los pobres que viven en los desvanes del Museo!
- ¡Qué gana de hacer daño!
- En fin por este estilo saludaron algunos la humorada, en tanto que las personas sensatas, y según se

cuenta, hasta los mismos individuos del Gobierno, celebraron la ocurrencia y la consideraron como un utilísimo y patriótico aviso.

El mismo Cavia explica hoy con no menos donosura el nobilísimo propósito de su invención. Este propósito lo comprendieron y lo aplaudieron muchos.

Es seguro que se adoptarán eficaces medidas para preservar el Museo de un siniestro y se deberá á la previsión inteligente de un escritor que bajo la apariencia festiva piensa hondo, como se dice ahora.

No sólo ha levantado la caza, no sólo ha demostrado á los que nos gobiernan su necesaria intervención para evitar catástrofes, sino al anunciar lo que por fortuna no ha sucedido, pero puede suceder, ha despertado á la opinión del letargo en que vive, ha podido convencerse de que todavía nos interesan profundamente á todos las glorias nacionales, y de que nuestra apatía puede en un momento convertirse en formidable fuerza.

—Bah! decía uno ayer, lo que ha hecho Cavia á cualquiera se le ocurre.

—Es cierto, contesté; no se necesita más que ingenio, gracia y patriotismo!

### DESDEN PARIS

Algo de política. Temores y zozobras.—Conducta del Gobierno.—La Bolsa.—Franceses y judíos.—Teatros.

Las declaraciones hechas por el Emperador de Austria, han alarmado en grado superlativo á la opinión.

Pues por más que los periódicos quieren quitarle toda importancia, y los políticos procuran comentarlas en sentido favorable á la paz europea, los que no siguen las corrientes optimistas que de poco tiempo á esta parte se han iniciado en la república francesa, miran el asunto bajo su verdadero aspecto y conceden la importancia debida á esta cuestión que entraña más gravedad de lo que parece.

Por eso el Gobierno considerando de suma trascendencia y de interés vital las manifestaciones hechas por Francisco José, se apresura á aunar voluntades para el caso de imprevistas contingencias, poder hacer frente á los peligros tímida y embozadamente indicados por el soberano de Austria, pero claramente vistos por los que vienen siguiendo paso á paso la marcha de la política general de Europa, á merced hoy de cuatro naciones que más fuertes, ó más osadas, tratan de imponer su autoridad y veto en los asuntos internacionales.

Y que esto es exacto, lo prueban los hechos.

Cuando dieron principio las tareas legislativas, el gobierno creyéndose inexpugnable por sí solo é invencible unido á la mayoría con que contaba en ambas «Cámaras», presentó al Parlamento como depota que no tiene que dar cuenta de

sus actos desafiando á las minorías que no se hallan conformes con su gestión política, y dispuesto á defenderse valientemente de cuantos ataques é interpolaciones le hicieran «blanco» sus enemigos.

Y hoy luchando con los monárquicos, mañana batallando con los radicales y católicos, y promoviendo en todas ocasiones disgustos y protestas entre los republicanos «enragé» que muy diferentes á les «bon vivants» políticos, inspiran siempre sus hechos en el patriotismo y la honradez, La Roche y consortes hablanse hundido en las simas de la impopularidad más espantosa....

Ahora, sin embargo, ha cambiado de táctica, y comprendiendo lo expuesto de su situación para el caso de una guerra, entona el «mea culpa»; olvida los malos ratos que le dieron las oposiciones al discutirse en el Congreso la conducta del Obispo de Valence, la cacareada cuestión «Tuat», la ingerencia de los franceses en las fiestas de Niza y otros temas importantes que sería prolijo enumerar, y procura hacer causa común con Tirios y Troyanos.

O lo que es lo mismo, sigue una política que en España llamaríamos de «pasteles», pero que aquí se denomina patriótica y desinteresada.

Mas sea lo que se quiera, y llámese á esta política como se tenga por conveniente, gozaremos de sus beneficios. Porque de concesión en concesión los partidarios de nuestra península lograrán para cuando expire la prórroga concedida al tratado de comercio modificaciones favorables para los intereses vitícolas españoles, mal que les pese á los viticultores y vinateros del mediodía de Francia.

Otra de las cuestiones que preocupan muchísimo á los hombres de negocios, es la de los cambios y demás asuntos de Bolsa.

Y la cosa no es para menos. Porque con las revueltas y sediciones del Brasil, la quiebra de varios bancos importantes, la tirantez de relaciones internacionales producidas por las reformas arancelarias, el estado crítico y angustioso de Portugal y las noticias que propalan contra el crédito español los que *délagio* viven y *conélagio* lucran, ha cundido el pánico de tal modo y se han hecho las cotizaciones en condiciones tan ruinosas, que la inmensa mayoría de las gentes trata de enagenar los valores poco aceptados en esta plaza.

Por eso los cambios con España, Portugal, Grecia, Austria y Rusia, han experimentado una baja tan terrible que los precavidos aprovechándose de las circunstancias han sabido empujar á los cándidos, y empujarnos á los españoles que no tenemos nada de tontos.

Y sin embargo, podemos darnos por satisfechos. Pues mientras nosotros hemos estado y aun estamos con la pérdida de un 12'80 por 100, Austria ha perdido el 14, Grecia el 85, y Rusia, nación favorita de los franceses, idolo del «spozt» y de la gente «comme il faut» parisién sufre en sus valores nada menos que la depreciación de un 34 por ciento.

Pero como de éstos contratiempos únicamente tienen la culpa los judíos (sic) no se hacen solidarios los súbditos de Mr. Carnot.

¿Qué se han de hacer solidarios! Estaría bien que se sospechase de ellos que en su afán por lo «nujlik» han adoptado el cuello Frankhoff, que no usan más que cosas de Polonia; llevan á sus mujeres abrigadas con capas «moscovitas» ó talmas «czarine» que han sustituido las botas «polonesas» por las «cosacas» y que no gastan objetos de piel como ésta no sea de «Siberia» ó de «liebre de Rusia»...! Ellos no son culpables! Claro que no. (Pero en tanto el papel ruso está en baja.)

Y á propósito de baja: Aunque parezca mentira la situación del teatro francés se halla en las mismas condiciones que los fondos portugueses.

Muchos teatros hay abiertos, pero ninguno de ellos ha puesto en escena obra digna de llamar la atención.

El «Théatre Francais», L'Opera Comique» y el «Vaudeville» solamente han dado «reprises» de producciones de Sardou, Meilac, Ph. Gille Lecrois, Massenet, Lerifré y otros.

Los demás coliseos cuentan los estrenos por fracasos.

Y excepción hecha del «Casino de París» que tiene un filón con la pantomina en dos actos y en cuatro cuadros intitulada «Scaramonche» y del «Ambigu» que gana mucho dinero con «Mam'zelle Quinquina» casi todos los teatros indicados y otros que me dejo en el tintero, arrastran una existencia muy lánguida y de pocos resultados. Tan lánguida que como no haya una verdadera reacción y se tropiece con unas cuantas obras de cartel, mal lo pasarán los Pina-Dominguez y demás arregladores de esa.

Pues sin fuentes donde «inspirarse» ¿qué harán dichos señores?

ANTONIO DE LA VEGA.

Paris 18 Noviembre 91.—(Recibido con retraso.)

### RÉPLICA.

A «El Aladroque», periódico festivo de esta localidad, le ha salido un censor con hábitos de estudiante, que tengo para mí que debe ser un doctor disfrazado; y casi por seguro tengo también, que el mejor día por debajo del tricordio estudiantil, veremos asomar la punta de la... borla del doctor, que hoy nos oculta con sin igual modestia.

El estudiante, casi con tanto valor como el que demostró D. Quijote al emprender la famosa aventura de los molinos de viento, pluma en ristre, fustiga, desmenuza y destruye los dos últimos números de «El Aladroque»; y al Mero se lo come en crudo, á Jota le hace bailar una idem, á V de corazón lo zarandea de mala manera, y hasta las infelices efemérides son víctimas de su saña.

Bien merecido se lo tienen los colaboradores del «El Aladroque», porque han de saber mis lectores que para escribir en este papellito, se han reunido «casi» todos los pe-

89 11 1891